

# **ACUARELAS EN PARÍS**

**Y OTROS RELATOS**



**Juan Antonio Marín**

# **ACUARELAS EN PARÍS**

## **Y OTROS RELATOS**

Juan Antonio Marín

©Juan Antonio Marín - 2014  
Todos los derechos reservados  
Prohibida la reproducción por cualquier medio y modo

ÍNDICE:

LA PULSERA .....	4
LA CABAÑA.....	6
ACUARELAS EN PARÍS.....	17

## LA PULSERA

De niños jugábamos a alcanzar las estrellas. Ella nos revolvía el pelo cada vez que se cruzaba con nosotros. El otro día la encontré pidiendo en la calle. Me acerqué a saludarla y no me reconoció. Quizá porque, cuando era pequeña, yo era gordita y llevaba gafas.

—¿Llevas suelto? —me preguntó.

Cuando saqué el monedero, sentí algo frío en la garganta. Cogió el dinero; también el reloj y la pulsera. La observó. Estaba hecha de pequeñas estrellas entrelazadas.

—Es bonita.

—Sí —contesté, todavía asustada—, me la regaló una vieja amiga.

Apartó la navaja, me devolvió lo que había cogido y se marchó.

Hoy he vuelto a verla. A pesar de la tez blanquecina aún conserva restos de su belleza.

—Aguarden un momento, por favor —pido  
mientras me quito la pulsera, me acerco al  
ataúd y la dejo entre sus manos.

## LA CABAÑA

*Nunca escribirás un novela, ni podrás quererme.*

*Miriam*

Una frase garabateada en un pósito amarillo. Así acabó todo. Se marchó en el silencio de la madrugada.

Tal vez a ella no la ofuscara lo que a mí me cegaba. Me resultaba difícil tomar la decisión; mi mente ordenaba y mi corazón rechazaba. En realidad, no sabía dónde ubicarla entre mis sentimientos e ignoraba qué papel podría desempeñar en la historia de mi vida.

Buscaba el amor, pero lo encontré y mi corazón de desangraba en cada despertar. Lo que al final mató mi alma no fue su pérdida ni su abandono, sino su ausencia.

Quizá por eso empecé a frecuentar los clubs de mala muerte. En ellos calmaba la ansiedad y me emborrachaba buscando el olvido para, al salir a la calle, no ver su sonrisa reflejada

en la luna. Una noche, más ebrio que de costumbre, con el poco dinero que *la René* y sus chicas me perdonaron, cogí un autobús al salir de "El volcán", que me llevaría hasta la "La cabaña". Antes de llegar al destino el autobús se averió y a duras penas avanzó hasta un pueblecito en lo más perdido de los montes gallegos.

Bajé del autobús y fui a la cabina telefónica que sobrevivía en la semiderrumbada pared de aquella mohosa estación. Con el pañuelo limpié el auricular y después introduje una moneda de cincuenta céntimos de euro.

—Hola, ¡cuánto tiempo! Necesito... algo de dinero. Estoy en... —No recordaba el nombre del pueblo. Pregunté a una anciana que se acercaba y contestó que estaba en Prados del Condado.

Miriam no respondió, pero pude escuchar cómo pensaba ¡muérete!, antes de colgar. Me pregunté dónde se encontraría. Aunque me daba igual. Como tampoco me importaba que la tarde se estuviera marchando para acomodarse en la manta de la noche. Sólo deseaba que viniera con el dinero.

Volví a llamarla. Insistí una y otra vez, las mismas que ella colgaba. Vendrá, lo sé, me lo debe. Pasaron tres horas. Hambriento y sin dinero para volver a llamarla, me puse a pedir entre la poca gente que transitaba por aquella estación de mala muerte. La anciana de antes me dio un par de monedas. Cuando iba a llamar de nuevo, una voz familiar lo evitó.

— Ahórrate la moneda.

Sabía que vendría aunque el demonio de la duda me quisiera hacer creer lo contrario. Lo que no pensé es que viniera acompañada por un hombre algo mayor que ella, que la miraba con ternura. El demonio de los celos me susurraba al oído. Marta notó que me incomodaba su presencia. Se separó de él y se acercó.

—¿Has visto la pinta que tienes? ¡Vas hecho un desastre! Hueles a alcohol barato.

—Tú, en cambio, estás muy elegante y guapa. Se nota que te va bien. ¿Trajiste el dinero? —Su forzada sonrisa desapareció y se acentuó una mirada cínica, propia de ella—. Toma quinientos euros y piérdete para siempre.



—No te preocupes. Hace mucho que no me encuentro, deberías saberlo.

—Vas allí, ¿verdad?

Callé. Sentí unas lágrimas traicioneras inundar mis ojos. Cogí el dinero y, sin darme tiempo a agradecerle, dio media vuelta y se alejó. Sentí el impulso de marcharme con ella pero tenía necesidad de aislamiento, de reencontrarme con mis fantasmas y pecados.

El dinero de Miriam me ofrecía la posibilidad de desaparecer entre la delgada línea que separa los mundos de la cordura y la locura. Ansiaba ser ermitaño en tierra de nadie.

Cogí del suelo la mochila azul que siempre llevaba conmigo. Desde hacía rato caía una llovizna persistente, también apareció la niebla, y durante dos horas caminé sin más compañía que un terrorífico silencio sólo interrumpido por ruidos que me hacían mirar atrás, desconfiando de lo oculto. Paré en un claro del camino, aún transitable para los vehículos. A partir de ahí era un sendero que sólo se podía recorrer a pie.

Llegué a la cabaña y mi corazón empezó a latir con más fuerza. El interior era hosco. A la

izquierda reinaba una chimenea amplia que pedía a gritos que alguien le diese vida. A la derecha, debajo de la única ventana de la estancia, un camastro antiguo con un cabezal de hierro forjado esperaba mi cansado cuerpo. Pegado a la pared, un destartado armario que desafiaba la ley de la gravedad. En el centro, había una mesa con cuatro sillas. Me alegró estar por fin en un lugar alejado de la civilización, sin electricidad ni las comodidades cotidianas. Sobre la mesa había un quinqué.

Encendí la chimenea y el calor inundó la habitación. Me fascinaba el crujir de la madera al arder y, con la mirada pérdida entre las llamas, mientras escuchaba la lluvia con la mente en blanco, noté el abrazo de Morfeo. Me dormí pensando en Miriam.

Desperté al amanecer. La leña se había convertido en ascuas que tenían hambre. Salí para recoger algo de leña. Hacía frío. La niebla era tan espesa que surgió la idea de dirigirme a las entrañas del bosque y dejarme engullir por él. Empecé a caminar con cuidado. Tropezaba con todo lo que se encontraba a mi paso. El corazón latía con un frenesí que me impulsaba a continuar. Miré hacia atrás. La cabaña había desaparecido.

Me asustaron unos aullidos. ¡Lobos!, pensé. Lo que fuera, se encontraba próximo. El miedo calmó las ansias de cualquier aventura. Decidí regresar a la cabaña, pero no sabía dónde estaba. Había perdido la orientación. De pronto, algo se cruzó delante de mí. Sentí el jadeo de un animal. Me giré amenazante — ingenuo— y me agaché, palpé algo en el suelo y lo cogí. Me pareció ver el brillo de unos ojos delante de mí. Sentí pánico. Lo que fuera se acercaba cada vez más. Le arrojé lo que tenía en la mano y eché a correr. Algo me golpeó con fuerza y caí al suelo. Me levanté aturdido y volví a correr, pero otro golpe me desplazó en el aire. Cuando caí, rodé por alguna pendiente y no supe nada más.

Yo buscaba a Marta entre la niebla y la llamaba: "¡Marta, Marta. Aquí, aquí!", gritaba, pero no llegaba, nunca llegaba a mí. Luego, la observaba llorar junto a mi madre.

Darí algo por estar en casa, cenando a su lado y bebiendo juntos un buen vino tinto. La echaba tanto de menos que maldije mi decisión de aquella noche. El ataúd caoba se adentraba en la tierra lentamente, hasta que topó con el suelo de la fosa. Los operarios empezaban a echar tierra y ella arrojó una

rosa. Yo gritaba, pero no me oían. Primero se desvaneció su cuerpo y luego su rostro y solo quedó en la niebla el brillo de sus ojos. Luego todo se oscureció.

Cuando desperté, un anciano desdentado me miraba sonriente. Iba muy abrigado. Un perro lobo jadeaba a su lado.

—Tranquilo, no te muevas. ¿Estás bien?

Me ayudó a incorporarme, pero no pude. Tenía un profundo corte que aún sangraba en la pierna izquierda y el brazo izquierdo estaba fracturado, al menos por dos sitios.

—Espérame aquí. Colmillo cuidará de ti mientras yo vuelvo con ayuda—. Me cubrió con una manta y me dejó con el perro.

De nuevo llegó la soledad arropada con el miedo. El mismo que sentí al crearme muerto. El miedo a haberla perdido, a no volver a verla. El miedo me hizo valorar hasta lo más insignificante. El miedo liberó los recuerdos que estaban apresados y luchaban por salir. El miedo mató y salvó, a la vez, mi alma maldita.

Después de un tiempo que me pareció una eternidad, el anciano llegó con ayuda. Ya de

día y a la claridad, observé que apenas me separaban unos doscientos metros de la cabaña.

Como consecuencia de mi aventura estuve tres días ingresado en el hospital provincial, después pedí el alta voluntaria y rogué que me devolviesen a la cabaña. Al llegar me encontré al anciano, había llevado víveres, unas mantas y medicinas. Me dijo que su nombre era Ariel. Preparó un caldo que hizo revivir mi maltrecho cuerpo. Al acabar la cena, alimentó la chimenea y me ayudó a acostarme en el camastro. Se despidió con una irónica sonrisa y una exclamación, ¡hombres de ciudad!

La luz que emitían las llamas de la chimenea creaba fantasmagóricas figuras de sombras caprichosas que se movían con total libertad por la cabaña. Una llama tomó la forma de una garra amenazante. Retrocedí hasta mi niñez, cuando la oscuridad me aterraba, y, como antaño, metí la cabeza bajo la almohada. Recordé con cariño a mis padres, sus voces cálidas y tiernas. Añoré el abrazo que me daba mi madre cuando me encontraba enfermo con aquellas fiebres que

frecuentemente padecí de niño. Abrazado al recuerdo de mi madre, me dormí.

Los días siguientes, con la ayuda de Ariel, empecé a dar pequeños paseos por los alrededores. Dediqué el resto del tiempo a escribir. Escribí sobre mi infancia, sobre la primera vez que la vi, la primera cita, el primer beso... También, sobre mis temores. Escribí sobre aquella noche, aquella llamada a la que no respondí... Me encontré hablándome a mí mismo de los tiempos pasados, del presente y de la incertidumbre del futuro. Disfruté mi condición de ermitaño. En uno de los paseos, me armé de valor y busqué su tumba. Habíamos enterrado sus cenizas a los pies de un roble vetusto. Varios eran los corazones grabados en su tronco, pero había uno especial, tallado a navaja, con dos nombres atravesados por una flecha: "Marta y Juan". Me senté al lado de la lápida. Acaricié su nombre escrito en relieve: "Marta 1982-2004". Ella había muerto por mi culpa, por ignorarla cuando más me necesitaba. Las llamadas de aquella noche aún retumban en mis oídos. Ese fin de semana teníamos que pasarlo juntos en la cabaña, pero antes de salir discutimos porque no me gustaba el nombre que ella había elegido para nuestro

primer hijo. Ella se enfadó, cogió su mochila azul, metió en ella algo de ropa y se marchó sola.

Horas después llegué yo. Encontré una nota sobre la mesa: "Como sé que vendrás, he salido a recoger leña para encender la chimenea. No tardó. Tengo ganas de abrazarte. Perdóname. Te quiero". Salí y la llamé a voces. La niebla caía sobre el bosque. Ella no volvió. La encontramos a la mañana siguiente, en un barranco. Desde entonces, todos los aniversarios rememoro aquel día, vengo a la cabaña, repito paso por paso lo que ella hizo, hasta que llega la noche y me adentro en el bosque para buscarla. Porque necesito pedirle perdón, decirle que me gusta el nombre de Adrián y, sobre todo, necesito decirle que la quiero.

Sentí una caricia en la mejilla. Estaba a mi lado, con su cabeza apoyada en mi pecho. Noté que mi corazón volvía a latir después de mucho tiempo.

—Debes rehacer tu vida. No te culpo de nada. Sé feliz, sé feliz...

Entonces supe que debía regresar.

El viejo Ariel y Colmillo estaban en la entrada de la cabaña. Me despedí de ellos. Luego le llegó el turno a la cabaña. Agradecí a la chimenea su calor, el único que había tenido el placer de sentir en mucho tiempo; al camastro, su paciencia; a la cocina, su amor por conseguir esos manjares con los que me obsequiaba cada día. Me eché la mochila azul al hombro y caminé satisfecho hasta el pueblo. Allí me esperaba Miriam. Estaba preciosa, echó a correr y se abalanzó sobre mí. Nos besamos. La besé tanto que no quedó ningún sitio en su cara sin cubrir de besos. Le pregunté cómo sabía que yo estaría allí. Me dijo que una mujer la llamó desde el hospital.

—¿Qué mujer?

No me contestó, se limitó a besarme de nuevo. Entonces comprendí que nunca escribiría una novela, pero sí podía quererla.



## ACUARELAS EN PARÍS

*Relato ganador del Primer Premio II Concurso de Relato corto Rioja - 2012*

París se transforma al anochecer. Sus calles se llenan de magia. Si observamos cada rincón nos sorprenderá descubrir la cantidad de miradas, caricias, besos, incluso de esos pequeños detalles que escapan a los sentidos como el tímido roce de unos dedos dibujando un corazón en el *Mur des je t'aime*, que hacen posible sentir como el amor penetra en nosotros con cada latido. Comienza a llover sobre París. Los gatos, que hasta ese momento jugueteaban, huyen en desbandada por los tejados buscando amparo. Las luces empiezan a iluminar la ciudad y las buhardillas cobran vida.

Llegué a la Ciudad de la Luz en septiembre. Caminar por sus calles me ha llevado a envidiar cada uno de los adoquines sobre los que tiempo atrás pasearon grandes personajes como Hemingway, Picasso o Zelda Fitzgerald... Me enamoré de sus cafés, sus animadas terrazas y, sobre todo, de un lugar de aire bohemio donde los artistas ofrecen retratar a los transeúntes que cada día llenan

de vida la place du Tertre, en el barrio de Montmartre, quizás el de mayor encanto de todo París incluso en los días de lluvia, cuando sombrillas multicolores cobijan a los pintores y sus obras. Disfruto viendo pasear a los enamorados cogidos de la mano por los jardines, o contemplando en las calles empedradas cosas tan fantásticas como un viñedo o un molino de viento. Me gusta subir a la parte alta de la colina usando las escaleras o el funicular de Montmartre, para sentirme dueña de la ciudad, embrujada por la belleza de la Basílica del Sacré-Cœur, y dormirme escuchando como el rumor del Sena, alegre de día y cómplice de noche, susurra mi nombre.

No me costó encontrar en La Sorbona al ciego profesor de Arte que buscaba. La suerte quiso que él estuviera buscando un ayudante a quien, a falta de sueldo, ofrecía alojamiento en su propia casa. Me aceptó de inmediato. Nada sospecha, estoy segura.

La convivencia no es fácil con un hombre receloso, reservado, a menudo ensimismado en su propio mundo. Con frecuencia lo observo y a veces fija en mí sus ojos ciegos

como si supiera que lo miro y, turbada, aparto la vista. Me dobla la edad, y lo voy conociendo más por Amélie —la dueña de la frutería de la planta baja— que por él mismo. Todas las noches leo para él, es el único modo que he encontrado de atravesar su hermetismo.

—¿Qué me vas a leer esta noche, Marta? — me pregunta.

—Una novela: Acuarelas en París. Es una historia de amor.

—Bonito título para una historia de amor.

—Trata sobre un pintor que se enamora de una de sus modelos. Mantienen un romance pero un día ocurre algo que los marcará para siempre. Quiero leerte la parte más bella, una serie de cartas que la protagonista escribe al pintor pero que jamás envía. Al terminar cada una, la dobla y la introduce en una caja antigua de madera. Así, durante años:

"Amor, de nuevo he soñado contigo. Paseábamos cogidos de la mano, mezclándonos entre las sombras. No sabes cuánto te amo, cuánto sufro y cómo maldigo tanto la distancia que nos separa como la ausencia que me mata el alma. Te quiero".

La carta parece interesarle. Sin embargo me dice que no le gustan las novelas románticas y hace gesto de querer levantarse, que intento retener con mis palabras.

—Lo que más me atrae de este libro es su portada, una acuarela donde una joven con la mirada perdida sostiene entre las manos una taza de café humeante mientras escucha música de violonchelo que interpreta un hombre cuyo perro duerme a sus pies...

—¿Cómo es ella?

—Morena, el cabello recogido, esbelta. Lleva un vestido rojo, sin mangas, con zapatillas blancas... Me recuerda a mamá cuando era joven. Es preciosa.

Yo, que estoy pendiente de cada uno de sus gestos, aprecio un rictus cuyo significado no logro descifrar. Un gesto fugaz pues, como si fuera consciente de que lo observo, en seguida vuelve a mostrarse hierático y distante.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta de pronto.

—Cuando mi madre murió, el año pasado, me sentí muy sola...

—¡Vaya!, lo siento —exclama con pena, que me parece auténtica. El cuerpo de René se pone tenso y su rostro se ve un poco más pálido. Luego, recomponiendo el gesto, insiste en conocer qué me había traído hasta París.

—En Nueva York mi vida carecía de sentido. Cuando murió mi madre me propuse buscar un significado a esa carencia; fue cuando encontré esta novela en una de las viejas cajas que ella guardaba en el sótano. No le habría prestado atención de no ser por un papel que sobresalía de sus páginas. Era una nota dirigida a mi madre: "Querida Isabel, he conseguido localizar el libro que le interesa. ¿Está segura de que quiere remover el pasado? A veces, la mejor medicina es el olvido. Estos son los datos de la librería francesa a la que debe dirigirse si desea realizar el encargo...", y firmaba un tal Javier Otero. En su juventud, mi madre vivió unos años en esta ciudad. Sé que este libro encierra un secreto del que ella nunca me habló y he venido para descubrir de qué se trata.

—Eres una joven muy fantasiosa... —Por primera vez René esboza algo parecido a una sonrisa.

—Busqué a Javier Otero, un librero ya retirado, incluso contacté con él varias veces por teléfono, pero me daba evasivas. Hasta que un buen día me citó en el Plaza Hotel, allí donde Central Park se encuentra con la Quinta Avenida. Rondaba los setenta años pero aparentaba más edad. Paseamos en silencio hasta llegar a la altura de la calle 72, donde desemboca en Central Park. Frente al Memorial de John Lennon nos detuvimos, se quitó las gafas y me explicó lo siguiente: "Debes saber la verdad: esa novela está basada en la historia de tu madre. Isabel se enamoró de un joven pintor parisino que solía rondar Pigalle buscando a su particular musa. La primera vez que la vio supo que ella sería la mujer de su vida. Y llegó a serlo, pero también fue su perdición. Algunos meses después naciste tú. Los editores pueden darte más datos si estás realmente interesada, yo no debo decir más". —Callo, por no delatarme, que también me dijo que se había enterado de que el protagonista era actualmente ciego y profesor en la universidad de París.

—Marta, ¿cómo sabes que es verdad lo que te han contado? Podría no serlo. Creo que estás huyendo del presente para correr detrás

de una ilusión. —Y mientras pronuncia estas palabras, un tambaleante René se levanta y se dirige a su dormitorio.

No he sido capaz de conciliar el sueño. Ya de madrugada, a pesar del frío que reina en el exterior, permanezco asomada a la ventana contemplando la figura iluminada de la Torre Eiffel, tan accesible que puedo sentirla mía alargando la mano. Me quedo mirándola hasta que amanece.

Muy temprano, encuentro a René recostado en su sillón, envuelto en una manta del mismo color grisáceo con que el cielo ha amanecido.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le pregunto.

—No he dormido bien. Ven, siéntate a mi lado; te contaré lo que quieres saber, ya que estás decidida a averiguarlo. —René habla con una energía poco usual en él—. Conocí a tu madre un atardecer paseando por Montmartre. Un grupo de jóvenes reían mientras cenaban en la terraza de un bistró, Le Tire-Bouchon, un lugar acogedor donde las paredes están forradas de fotos con dedicatorias de los que un día pasaron por allí.

François, el dueño, contestando a una muda pregunta me dijo: bailarinas del Moulin Rouge y del Lapin Agile, y siguió sacando brillo a los vasos con indiferencia. Tu madre destacaba entre todas... No llegamos a casarnos, aunque se lo propuse dos veces. Es mejor así, decía, ¿para qué estropearlo?

René calla, espera mi reacción, pero yo sigo inmutable hasta que continúa.

—No sé en qué momento comenzó a distanciarse de mí. Hasta que un día se fue. El resto es burdo y poco original, como esa novelucha que leías anoche. Yo la esperé cada día a las puertas del Moulin Rouge, me volví loco, la quería, la odiaba, la buscaba desesperadamente porque nunca amé a nadie como la quise a ella. Pero lo único que encontré fueron las terribles resacas que deja la absenta. Y esta ceguera, fruto de ella, como un símbolo de mi vida a su lado.

Hice que mi mano rozara la suya, inerte sobre el sofá.

—El libro dice que Isabel tuvo una hija con el pintor... y cuenta los motivos por los que...



—¡¡No, no!! Ni una explicación, ni una llamada... Ni siquiera una carta como esas que me leíste anoche, guardadas en una caja de madera antigua... Son solo fruto de la imaginación de un escritor. ¡¡¡No!!! ¡Jamás!

\*\*\*

La melodía de una vieja canción le acompaña mientras con el alma de sus ojos mira la acuarela que un día pintó por amor. Jacques Brel suplica a una mujer algo seguramente imposible. Lluve en París y sabe que un avión despega en ese mismo momento. Ahora que ella se ha marchado se da cuenta de que siempre llueve en París. Y la imagina con el libro en el regazo, la imagina tan parecida a ella, mientras él acaricia con sus manos la caja de madera antigua que contiene unas cartas que le llegan demasiado tarde. Y sabe que la deja marchar sin decirle que es su hija, o quizá no lo sea, y sin que Marta sepa que todo en él se había estremecido desde el momento en que reconoció su voz.